

Tal como señalamos en el editorial, este encarte está dedicado a Ricardo Garibay. No es fácil seleccionar un fragmento de su trabajo literario, no hay obra suya desdeñable. Puede gustarnos más una novela que otra, pero eso es cuestión de afinidades. En todas existe un enorme esfuerzo y un amor sin límites por la literatura. En esta ocasión seleccionamos un trozo de *Fiera infancia*. Lo hicimos porque coincide claramente con su propia definición de literatura: “La literatura es el depósito de todos los vicios, el lamedal del pecado. Esto es la literatura y allí debe ir uno: la materia prima está en los hombres de la calle, allí hay que trabajar, para sacar, para crear, para remediar lo que es la vida y no la admirable deformación del hombre que piensa”. Para cumplir con esta brusca definición, lejos de la academia, como a él le gustaba, Ricardo fue a su propia vida, a su experiencia de vida. *Fiera infancia* es parte de los recuerdos aguerridos del adulto que de niño soñaba convertirse en escritor.

**El Búho**

### *Fiera infancia y otros años (fragmentos)*

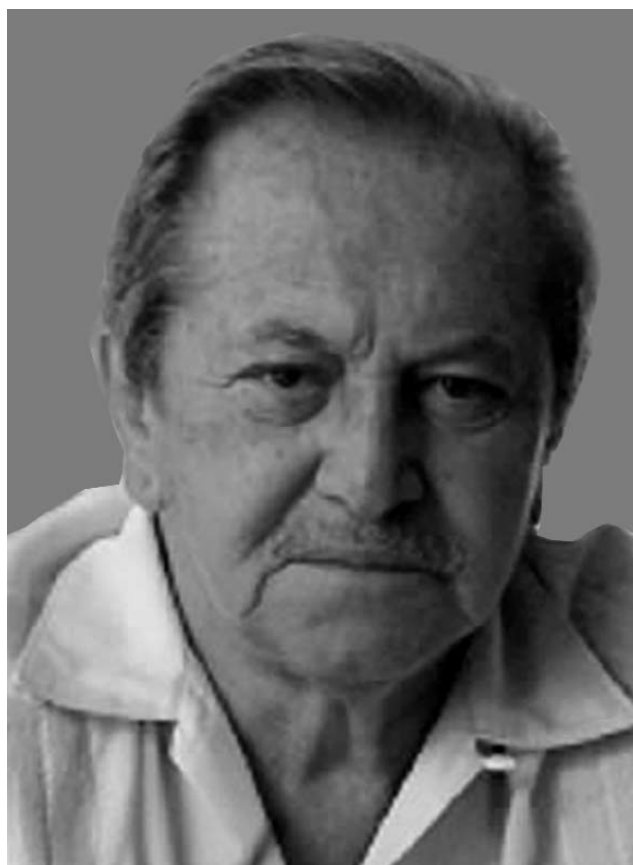
“Nelly, Nelly, te quiero, / tuya es toda mi vida...” –cantaban. Alguien cantaba en las calles negras que iban del Once de Abril a la avenida de los Pinos. Si acaso, cada cinco o seis manzanas un farol. Boca de lobo. Veintinueve de diciembre de 1928 ó 29, creo. Eran tal vez las siete de la noche. Yo llevaba un abrigo azul, no sé de donde había salido ese abrigo azul. La distancia era de treinta cuadras y el frío mordía como perro las rodillas y la cara. Caminábamos aprisa, al ritmo de la eterna impaciencia y gravedad de Milo, Rómulo, hermano de mi padre, bizco, pintor y retrasado mental. Con Milo no había juegos; si se trataba de regresar a la casa, de eso se trataba y nada más, y mejor que se llegara cuanto antes.

# Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

**RICARDO GARIBAY**

Corríamos a su lado hundiéndonos pequeñísimos en la espesa noche. Muchas veces hasta hoy me he soñado volando hacia negruras sólidas y heladas mientras alguien canta do lorosamente lejos. “Nelly, si tú fueras mía /



Ricardo Garibay

mía sólo un instante." Corrían también José y Matilde, mis hermanos mayores. Milo hablaba de muerte y muertes, de cuando en cuando, antes de dar la vuelta a alguna esquina, amainando el aire que en las bocacalles silbaba levantando olas de polvo. "Rosa roja de fuego / Nelly tu boca florida." ¿Qué había pasado? ¿Por qué tan a la carrera? ¿Qué había en aquellas tinieblas chato, duro, como severidad o dolor de gentes grandes, nada niño? Matilde quiso arrodillarse al pasar frente a San Vicente. Oigo la voz de Rómulo rebotando en la fachada colosal, subiendo hasta la estatua de cantera del santo (no, no pasa nada porque ahí está san Vicente): "Vamos, vamos la muerte no esperó... tu madre... consuelo... sola... falta le hace... Aprisa". Alrededor del jardín Pombo, detrás de algunas rejas, había posadas, piñatas, cantos. Fueron las únicas luces vivas del camino.

–¿Nos asomamos? –preguntó José.

–Nada, nada... llorar con ella...

¿Con quién tengo que llorar? ¿Por qué vamos a llorar? ¿Qué hicimos tantos días en el Once de Abril? Horrible el Once de Abril.

Era la casa de la abuela el Once de Abril. Una privada de pobres. Apolilladas puertas, o colchas clavadas en los dinteles. Piso de lajas rojas. Dos cuartos al fondo de la privada. Allí vivían mamagrande, Jaime y Josefina y Salvador el borracho y el bizco Rómulo. Miseria, hosquedad, líquido odio de hermanos contra hermanos, y como tic tac de reloj la oración en los labios de la vieja. Era una asfixia el Once de Abril. En las mañanas, ¡a la zotehuela!, nada de patio. ¡Niños, a dónde, nada de patio con los pelados, adentro! En la zotehuela no cabíamos: parte el lavadero, parte las macetas de

geranios, parte la anciana pelando chícharos, Rómulo y su caballete, y Salvador asoleando la cruda, eructando y pedorreándose. Y en las noches sin aire aquel tlaca tlaca de números luminosos, mucho más ensordecedor que el concierto de ronquidos y regüeldos. De punta a punta de cada noche sonaban las bacinicas; flotaba hirviendo de espumas el agrio olor de los orines. Miaba sin término Josefina y la abuela y Jaime y Rómulo y Salvador, miaban sin término.

En la avenida de los Pinos la tiniebla era total y el cuchillazo del aire nos cegaba, nos ahogaba. Ya llegamos, ya llegamos, no tosan, no abran la boca, no se atrasen.

"El soñar, el vivir, el amar / sin ti / todo me hace, Nelly, llorar..."

–Sin hacer ruido –ordenó mi padre en el zaguán. Mi madre nos recibió arrodillándose, luego se sentó en la cama y nos atrajo y buscaba la cara de José, la de Matilde, la mía. Había cirios encendidos y mucho silencio. La cara de mi madre estaba empapada. Nos mojaba. Pero no se oía nada, absolutamente nada. Luego vinieron aquellas noches que ya he contado, de los rosarios casi en voz baja, y llegando la letanía, en voz agónica, un susurro hilando las alabanzas a la Virgen, y mi madre que se interrumpía: "Digan ruego por ella, ruego por ella, digan", y luego: "Ya vayan a merendar". Y yo me volvía para verla, al salir de la recámara, y era una silueta muy alta bajo el negro chal, delicadísimo inmóvil, y parecía ascender en la penumbra.

No sé por qué el San Pedro de los Pinos de la infancia remota ronda una eterna noche; es una cóncava oscuridad sobre de mí; alzada

hasta los cielos me rodea enteramente, y si mucho, va dejando por donde voy un tenue lampo para que mis pasos no se pierdan del todo.

Veo un parque en la lluvia, lluvia muy fina, casi una gasa meciéndose, y a un organillero en la cancha de baloncesto, a dale y dale con la manija, el vals de “Los patinadores”. Nadie más. No sé si voy trotando, emparejándome a unas piernas taconudas, o si estoy asomado a una ventana abierta y el agua viene y va empapándome como a golpes de brisa. Muchos años después, saliendo de Mascarones, tarde a tarde iba con Aurelia a acariciarnos al jardín Colonia, era tiempo de aguas, nos tapábamos con mi impermeable y oíamos tiritando “Los patinadores”. Algún organillero despistado, enloquecido, tocaba en la soledad de las calzadas de cedros.

–Ven, vamos –decía yo–, vamos a darle algo, no hay nadie en esta enormidad de jardín.

–No lo vamos a encontrar –decía Aurelia–, va a ser igual que la semana pasada, o la otra semana.

–Vamos.

–Vamos, pero no lo vamos a encontrar.

Una madrugada, muchos años después de Mascarones, en Hong Kong, abrí la ventana de mi cuarto. Había llovido. Un organillero estaba tocando “Los patinadores” en la avenida junto al mar. Bajé, por supuesto, y creí que bajaba a todo correr, pero habíamos bebido vino y saliendo del hotel perdí la brújula, sonaba el vals nítidamente, y echaba yo por acá, echaba por allá, hasta que me alcanzaron Mo-ya, Silva y Tomás:

–¡Qué organillero ni que nada, borracho de mierda, esto es Hong Kong, te van a matar a media calle para robarte la piyama!

Lo que sí aparece como un estallido de claridad o en un estallido de sol y nubes, es el río y las lavanderas. Lo que hoy es avenida San Antonio, que pasa debajo del periférico y sube como cuesta al occidente, y al oriente cruza la avenida Revolución y la Patriotismo y sigue hacia Insurgentes, era un río de no sé dónde a no sé dónde, de aguas sonoras y bajas y rocas enormes y lavanderas gritadoras y cantadoras. Rocas blancas, espumosas aguas color de chocolate. Yo simulaba buscar ajolotes para oírlas y mirarles los pechos.

Coni coni  
coconito,  
coni coni  
iqué caray!  
Yo le daba  
su maicito,  
siempre sí  
iperora nuay!

– ¡Oyes, oyes, a la que le dieron su maicito fue a Felipa, la Felipa!

– ¿Qué se apareció con el escuincle?

– ¡Qué dice ques recogido!

– ¡Ques recogida, eso sí es!

El coro de las carcajadas.

– ¡Chacho chingado ya vino a ver tetas, sá-que se pallá!

El coro de los tiliches que azotaban ellas vigorosamente contra las piedras, a modo de látigo a mandoble, para quitarles la mugre, el jabón o vaya uno a saber.

Temprano en la tarde llegaban las lavanderas. El sol alto todavía. Nubes de filo incandescente. Y culebreaba el sol, retozaba torciendo el paso por el prieto seno de las aguas. Cuchillería de sol, platería hecha pedazos de peña en peña, de peña a peña, entre millares de peñas serpenteando entre chismes a grito herido y albures y mentadas. Junto al río, donde hoy está Gigante y los automóviles, se elevaban cerrados y sombríos los pinos del invernadero. Allá sus hondas calzadas hojosas donde viví los años de estudiante.

Los que teníamos veinte años hablábamos de amor en el invernadero. Allí pasábamos los días, con los malditos libros abiertos sobre las bancas de ladrillo. Hubo vez que llegó el examen y no habíamos pasado de los primeros párrafos. Los que llegaron y los que no llegamos a ser ingenieros, médicos, abogados; apenas había otras carreras en la universidad. Era como una droga aquella arboleda. Caminábamos las calzadas, soñando siempre. Cada uno en el corazón tenía la espina de una pasión... enteramente inútil, hacia el vacío. Los nombres de las mujeres iban y venían en la congoja puntual de las conversaciones. Las maldecíamos, las adorábamos. Eran habitantes misteriosos de otros planetas. Cada quien poseía su propio planeta inaccesible, y en él vivía su amada. Solitarios, nos separábamos para dormir, todo lo demás lo hacíamos juntos. Pateábamos interminablemente piedrecillas y hierbas en nuestro desmañado caminar, contándonos cómo ella había estado a punto de decir que sí, cómo en aquella frase que te digo que me dijo, hay, si te fijas bien, una clara aceptación, su amor es un hecho, la oyeron todos, eso es

algo que ni ella puede desconocer. Y seguía la soledad. El amado se presentaba dos días después, los libros en las manos, la melancolía bailándole en el gesto. Nos retorció el regocijo delante del abandonado. "Pendejo -me gritaban a la cara- vimos a Andrea, la vimos, la seguimos y la vimos entrar allá." "Pero no puede ser, lo que les conté la semana pasada, Rodolfo vio que casi estaba llorando, porque es más fuerte que ella su amor..." "No no, sí, su amor es para ti, pero las nalgas son para otro, la vimos, no te hagas pendejo." Entonces yo decidía que mi destino era la reflexión, el ceñudo aislamiento, y me arrojaba sobre el derecho civil: los contratos, las obligaciones, y me esforzaba por reverenciar el soporífero rostro del maestro Rojina Villegas: su boca arriñonada moviéndose como de muñeco de ventrílocuo, sus blandos ojos hipnotizados por un rincón del techo del aula Jacinto Pallares. Hombres venerables -decía yo en voz alta-, hombres recios que entregaron su juventud al estudio, a la redención de nuestro pobre pueblo, alguien debe dar la luz. El resto de la tarde y la mañana siguiente mantenía mi propósito. Apartado de los demás caminaba las partes más umbrosas leyendo en voz alta, lo más alta posible para no escuchar mis balidos interiores. Seré como un monje laico, mi santidad será la inteligencia. Los demás eran Justo, Pierre, Caliajas, Rodolfo Ancira -hermano del actor-, Tonchis, Pepingo y Checo. Justo estudiaba vagamente medicina; era, en realidad, pianista y su don era notable, pero todo en él lo contradecía; era como si una divinidad

aniñada se hubiera propuesto moldear con mucho amor a un hombre, y lo dotara de un alto quehacer y olvidara apuntalarlo; toda potencia superior necesita cimientos y apoyos, no debe darse a solas porque arrastrará al que la posee hacia una de las varias formas del suicidio, hacia el regocijo de vivir fácil y encantadoramente poco tiempo. Alguna vez dediqué una página llorosa a la muerte de Justo; fue inevitable y temprana, exasperantemente baladí. Justo llevaba dentro entero al ángel, o al duende –también se dice. Era largo y huesoso, pálido, de frente rectangular y convexa y negros cabellos ondulados; tenía mentón recio y barba tupida y voz honda y bien timbrada, y en medio de esta macidez, su faz, su rostro, los ojos, la boca, la nariz, precisamente el dibujo de esas tres porciones de su persona, era como un mentís gracioso, graciosa broma, el regalo y condena de aquel creador distraído, cosa niña, buena para un niño pequeño y que habrá de cambiar, de aguzarse o ensancharse o torcerse con los años. En Justo era su cara definitiva, que nunca acabó de salir del horno. Aire juguetón aun en momentos de apuro o de cólera. Cejas rectas como una sola línea, ojos chicos y hondos, brillantes, húmedos, de pestañas muy visibles, labios esmerados, casi rojos, impúdicos, inocentes, nariz carnosa y algo chueca. Viéndolo se afilaban las mujeres. Era nuestra piedra de tropiezo y de envidia. Invariablemente alguna muchacha lo perseguía. Bailaba como rey. Desaparecíamos en las fiestas donde él aparecía. Poderoso y tenuísimo era su piano y era clásico y popular con maestría pareja, de

mucha transparencia y brillantez, por el rumbo de Benedetti Michelangeli. De escucharla una sola vez ponía una obra. Esa facilidad fue el comienzo de su rápido derrumbe. El mundo lo tentaba a todas horas, se le entregaba dondequiera, y no le dejaba ni sombra de remordimiento. Blanda su voluntad, y a tientas. Como oficio religioso tomaba por temporadas la música. Quince horas diarias sobre el piano mundo. Preparaba el concierto que nunca dio en Bellas Artes. Se juntaba al alcohol, se arrimaba a las drogas, se movía con desparpajo en antros y salones, en piqueras y en bebederos de lujo; entraba abierto en el peligro y era incapaz de pelear y nunca nadie imaginó siquiera amenazarlo. Lloraba en los borrosos desvelos un futuro que él cancelara antes de empezar la vida. Salieron temprano una mañana de los últimos días de noviembre de 1948, al Desierto de los Leones, Checo y Justo y no sé quién más, varias lindas chicas. Regresaban a las siete de la noche, entreverándose borrachos, jugando a lanzar el coche a las barrancas. Lo lanzaron. Subían gritando como locos, llenos de sangres agarrándose a las matas. Justo había quedado abajo, respirando fuertemente. Lo vimos toda la noche, creo que no dejamos de verlo ni un segundo. A la una de la mañana su respiración sonaba como fuelle. Y de pronto un silencio muy pesado. Luego aprendimos una cosa: la muerte trabaja con invisible velocidad en el rostro del amado. Cuando clareó era una máscara gris, cartonosa, ajena, anónima.

Me apartaba pues a lo umbroso con los contratos y obligaciones pero la magia del inver-

nadero era lo siguiente: calzadas largas y anchas, de grava roja; medían hasta cuatrocientos pasos, y veinte pasos de anchura; pinos de ramas espesas desde el suelo hasta la punta, altos de veinte y treinta metros y de un metro o más de diámetro los troncos, y entre avenida y avenida toda suerte de follajes de árboles copudos y de mediano tamaño. Podía caminar-se una avenida durante toda la mañana sin ver ni oír a nadie; si acaso, de pronto, allá lejos un jardinero con su carretilla. Las encrucijadas eran como naves de catedrales altísimas y oscuras. “Grabados del medioevo –decía-. Oye ese batir de alas.” “El Chipe ya empezó con sus jaladas –decía Pierre.” En tardes de mucho viento las ramazones llegaban a ensordecer, se mecían como si fueran a desplomarse; muchas veces comprobamos que afuera, en las calles, soplaban apenas el aire, la gente iba y venía tranquila, y adentro los vastos rumores, los abanicos gigantes y el ronco crujir de troncos anunciaban cataclismos. Se escuchaba la grava fría y pausada de los propios pasos, la menuda y relampagueante grava de las ratas de monte. Alguna mañana, un leve traquidazo, y sola, porque sí, sin tormenta de por medio, mañana azul, sol de cristal que nunca volvió a verse, porque sí, digo, a solas, se desprendía de la altura una rama enorme y bajaba poco a poco, flotando, volando se diría, y en total silencio se estrellaba blandamente en la calzada y alzaba una nube roja, millones de puntos rojos girando desesperados, brillando al sol durante muchas horas. Y el sol, que helado encadenaría las puntas de los pinos; que parecía sonar a mediodía,

cuando bullían los insectos de los almácigos; que de oro en los atardeceres lanzaba contra los troncos, entre los troncos, hacia las calzadas centenares de rayos nunca quietos, de modo que, con las primeras aguas, el invernadero todo parecía un arcoiris ondulante, un lugar de líquidos aires de siete colores, una transparente aglomeración de ríos fantasmas casi a ras de tierra y que desaparecían simplemente desaparecían hacia las frondas.

Por los años cincuenta el gobierno de la ciudad vendió todo eso a comerciantes, que construyeron las tiendas de ropa y los estacionamientos de cemento. Seguro los vástagos de aquel canalla, jefe del Departamento del Distrito Federal, no acabarán nunca de gastarse el producto de ese peculado.

Así era aquello, pues. Y me enamoraba tanto, era de alguna manera tan irreal, o conseguían todos juntos: el sol, los pinos, las bermejas calles, el agua, la hondura y paz, el sisear de los bichos voladores, todos juntos conseguían tal aire de sueño, de ensoñación, que veinticuatro horas después de mis propósitos de austeridad, me desplomaba en una banca. “Andrea –suspiraba– Andrea...” y abría el cuaderno de los versos.

Oscuro ya, nos reuníamos en la puerta de salida. Cosa de discutir si iríamos a beber cerveza, si a oír música, si al cine, si a caerle a Fulano a ver qué plan o qué.

–Ora sí le entraste, Chipe.

Fausto Vega había inventado que, de perfil, yo era el retrato de Chipetotec, el dios del maíz, de modo que así me pusieron, y abreviaron y vine a resultar el Chipe.

–A la mierda el estudio –contestaba–. Terminé un poema absolutamente inmortal. Andrea puede morir ahora mismo ¿entiendes? ¡En este carajo papel está viva para siempre!

Carcajadas, zarandeos, empellones. No sospechábamos que cuando ellas aparecieran de veras habrían de separarnos. Aquella hermosa y aterida orfandad se acabaría.

Semejante a la noche baja una vez y otra vez mi padre hasta mi infancia. Es un negro emperador de nariz afilada y tremendas cejas, y bigotes en punta. Sus manos son de hierro y baja a cachetearme, a patearme, a tirarme de los cabellos, a hacerme bailar y defecar a cinturonzos, a vociferar sus órdenes y burlas a boca de jarro hasta bañarme en su recio aliento, que era como viento de agujas rojizo en mi nuca, en la base de mi lengua, en mi garganta. Retumbó el aldabonazo en el zaguán.

–¿Que tu papá, güerito?

–Sí está.

–Lámalo, ándale. Dile que aquí está el señor Porfirio. ¡Córrele!

–Que te habla el señor Porfirio, papá.

–¿Qué le dijiste!

–¿Qué?

–¿Qué le dijo, qué le dijo, imbécil!

–Dije que... sí estás... que sí... le dije que sí.

Estábamos en la casa, solos él y yo. Lo vi tronarse los dedos de las manos, oí sus terribles huesos estallando como cohetes. Lo vi llevar sus manos a las sienes y apretárselas mucho. Lo vi mesarse los cabellos, dar un taconazo y bajar hacia el zaguán. Me fui hasta el fondo del corredor, junto al cuarto de baño, que era un cuarto de piso de cemento, completamente vacío, tenía dos agujeros, algún día se compraría

una tina y un excusado y se conectarían a esos agujeros, era la última pieza de la casa. Me sentía tembloroso o enfermo de pura debilidad. Oía lejanas las voces de los dos hombres. Cerré los ojos. Recuerdo con nitidez cada segundo. Retumbó el portazo. Abrí los ojos. Venía hacia mí. Estaba sobre mí.

–¡Venía a cobrarme ese cabrón! ¿Entiende? ¡Y no tengo el dinero porque es para que usted traque! ¡Qué tiene que decir que aquí estoy! ¡Qué tiene que meterse!

Me siento en el aire, voy volando agarrado por una fuerza sobrenatural hacia el cuarto de baño. Trueno la puerta del cuarto de baño como si saltara de sus bisagras. Estoy en medio del cuarto de baño, sobre el cemento verde. Hay un torbellino de no sé qué cosas a mi alrededor. Está quitándose el ancho cinturón negro, de pesada hebilla. Vuelta al aire. ¿De dónde me está agarrando, levantando, haciendo volar? ¿Cómo no me azotó contra el suelo? ¿Qué me mantiene en un aire podrido donde el cinturón se me estrella una vez y otra y otra vez y otra vez y otra vez y otra vez y otra vez?, malditas veces eternas, se me incrusta la hebilla en las nalgas, en el coxis, en la cintura, en las piernas, quemaduras, quemaduras y me estoy cagando, me estoy miando, mis alaridos son estridentísimos, ensordezco, el cuarto de baño es un calabozo de paredes de hierro, el techo es infinitamente alto, un negror inalcanzable encerrado, asfixiado, y ahí me quedo, a media altura, sin gravedad, flotando brasas vivas, a un metro del cemento en un río de orines y de caca, jamás pude bajar del infierno.

Sus piernas, como columnas o troncos de árbol pasan junto a mí, sus espuelas van sacando chispas de las lajas, chirriassh chirriasssh chi-

rriasssh, chispas azules, probablemente yo, encogido, tapándome la cara, no ocupo más de cuarenta centímetros cuadrados a ras del suelo, en el rincón que forma la puerta entreabierta. Mi madre ha quedado allá, sentada frente al brasero, delante de una montaña de mazorcas. Él viniendo hacia mí, por la cocina, que es del tamaño de un hangar, azota un vaso lleno de pulque y veo volar los añicos, los veo girar lentamente en el sol de la ventana. La ventana es ancha como el horizonte, y está envuelta en llamas.

–Mijito... –está diciendo mi madre, inmensa, y yo voy subiendo. El océano dorado, el río de leche y miel.

–Papá está enojado –oigo, y también oigo: –Caballos... Chis... –no sé dónde siento frío, y unas manos muy grandes por mi cara, y estoy comiendo, es una campechana, la oigo crujir y estoy riendo, mi madre está riendo, la ventana y su cabeza son del mismo color, está haciendo algo con las mazorcas, muchas voces tipludas y distantes, y hay siluetas oscuras, muchos años después conseguí ver que ayudada por dos indias está desgranando mazorcas y ríe de mi susto y las indias cantan para quitarme el miedo.

–¡Ya maricón! ¡Ya maricón! –gruñía, y apagaba la radio. Domingo, tres de la tarde, la hora de la ópera. Si mi madre también la estaba oyendo, él frenaba su furia y se iba al patio de atrás, lo más lejos posible; si no, sucedía lo que digo, aunque yo bajara el volumen hasta hacerlo casi inaudible. Le gustaba la música ranchera, y se abismaba en los corridos de la Revolución. Su padre peleó del lado de Maximiliano, y él era antijuarista como después fue anticardenista desde el catolicismo. Sin embargo su origen fue lugareño, y pasó lo mejor de su vida de pueblo en pueblo,

como principal de cada población, como patrón de peonadas. Y eso, casi contra sí mismo, lo acercó a los descalzos, los sentía más su gente que a los de arriba y miraba la Revolución como gesta grandiosa, como corredención cristiana indiscutible. Le dolían las canciones de 1910, 13, 15; su tenaz tristeza se afilaba hasta la melancolía, turbios y aguados sus ojos miraban los valles y cerros donde subieron, bajaron, galoparon, batallaron, murieron los guerrilleros a millares.

–Yo andaba en la sierra de Molango, en lo más abrupto de esa sierra que no acaba nunca, cuando nos alcanzó un peón y nos dio la noticia de la toma de Zacatecas.

–Cayó Zacatecas, patrón. Francisco Villa.

–Pérate, cómo sabes, de dónde.

–Unos que llegarun allá bajo, patrón, venían día llá, ya todus lu andan diciendu.

–Desmontamos, nos abrazamos, echamos unos tiros al aire.

Se arrojaba entonces sobre los archivos de Casasola, durante días tarareaba las canciones, durante semanas saqueaba los libreros.

–Mira, a ti que te gusta la literatura, te voy a leer la toma de Zacatecas, por el gran Felipe Ángeles, tu paisano...

Arrancaba, solemne y cadencioso como en los mejores momentos de aquellas antiguas lecturas de poemas. A las pocas páginas se estrangulaba, ponía cualquier pretexto y el libro en mis manos.

–Ai tú sigue, no me deja esta condenada tos.☹

\* Texto tomado del libro *Fiera infancia y otros años* de Ricardo Garibay.